

tras-letras-letras-le

Arden como leña párrafos de las obras de Alfredo Oreamuno

Por Carlos Jinesta M.

• Su incorporación a la literatura nacional, es relativamente reciente. En los libros de Alfredo Oreamuno — Sinatra, el seudónimo — UN HARAPO EN EL CAMINO y NOCHES SIN NOMBRE, descuellan fluidez, sinceridad y simplicidad de estilo. La espontaneidad de su pro-

ducción recuerda el diario de un caminante. Escribe sobre lo que él ha vivido; y nada más. Se leen párrafos escritos con tanto fervor que arden como leña. Libros de confesiones éstos: su lectura enseña, siembra. Representa, insistimos, su vida de ayer, de desvíos veniales y fatigas. Se muestran las figuras y los acontecimientos en una sucesión de cuadros que describen diferentes escenas de hombres sin rumbo — mortales de carne y hueso o fantasmas de sombra y humo — regados en la tierra por los tumbos de la existencia

• Si se mira con cuidado, no todo es cosa viva y diáfina; pero observemos que se trata de un prosista que nos da las primicias de su pluma: pluma de bríos fuertes. Y hasta los maestros tropiezan.

• Tiempo, soledad y el seguro pan de cada día, necesita el intelectual para su tarea; y ¡claro!, el poder mental lo otorga únicamente Dios. No hay escritor completo sin emoción. Oreamuno la posee. Los que escriben a la moderna, por lo fríos, por la aridez de sus prosas, no a traen. Tales ingenios escriben con la flema del agrimensor, sin sentir los tráfigos del mundo.

• No obstante sus temas, el autor Oreamuno huye de voces crudas, bajas, plebeyas, que son usuales en ámbitos de gentes descañadas. Ciertas palabras, groseras o de estercolero, sólo las emplea el escritor de fuste cuando necesita combatir, impelido por su indignación, al zamarro, al perverso, al villano, trayendo un vocablo de esos que recogen el decoro de una época.

• Pensémoslo bien.

• Hablar con altura es una forma de ser bueno. De ello da ejemplo la lengua española, con su rico léxico.

• Oreamuno frecuenta poco los cafés literarios; no llega a las tertulias en que se charla dominando la insidia. No es ateneísta, ni anda en busca de premios en certámenes de mentirijillas, ni paga en las revistas páginas de propaganda. Es un sensato. Su nombre en las letras es fruto de la acogida favorable por parte del público lector que en América Central gusta de sus narraciones.

• Con él la humildad. Fue un atorante, prisionero del pecado, de esos que son legión en la superficie del planeta y pasan quemando con locuras los años de su juventud. Incontables infortunios perturbaron su existencia. De pie su voluntad y erguido el espíritu, dispuso un día hacer abandono de sus aventuras alcohólicas. En suma, volvió la espalda al abismo. Dueño de sí es un hombre nuevo — ¡alborada victoriosa! — útil a sus semejantes.

• Démosle la acera a la rectitud. Reconocer nuestros errores es saludable y con mayor fundamento si es para enmendarse. Así la mente y el corazón alcanzan cumbres soberanas. Hoy Alfredo es un escritor muy leído. Sus producciones llenas de veracidad y de lisura, le brindan predilección como novelista.

• Estudio y trabajo se llaman sus armas, hermoseando su hogar y sobresaliendo con admiración en la convivencia humana.



Sinatra, en su resurrección...